

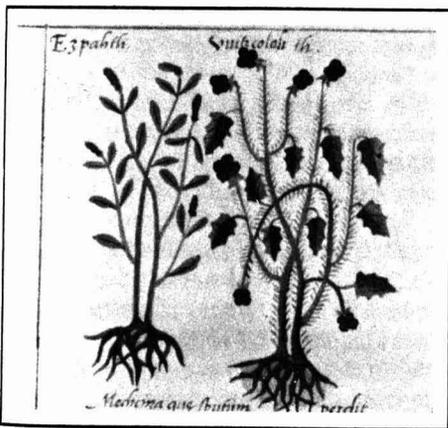
puesto que Marsé quiere estar donde está, es decir, en la novela tradicional, sin ninguna otra pretensión. Pero lo que sí es grave es que en el propio terreno en el que le interesa transitar, falle.

La razón de esta falla es obvia: no estando la novela sustentada en la atmósfera ni en el lenguaje, lo lógico sería que se sustentara en las posibilidades y riqueza dramáticas de la anécdota, lo cual no sucede.

En efecto, la línea dramática es, por completo, nula. Peor aún: no existe. Trata, en definitiva, de demostrar lo demostrado, de decir que dos más dos son cuatro, y eso no emociona a nadie.

A final de cuentas, la historia narrada carece de verosimilitud literaria, precisamente por un exceso de verosimilitud real, de obviedad inmediata.

En estos términos, contar se vuelve absolutamente gratuito, inútil, sin razón de ser. No hay un mundo que decir, puesto que no hay una invención, una apertura en lo visible para todos, un trasfondo que nos enfrente cuestionantemente a una realidad que nos aplasta, es verdad, pero que estamos acostumbrados a tolerar. Sin diseccionar eso, sin abrir, sin revitalizar, cualquier



literatura es inocua, ya que el "arte de las letras" de ninguna manera puede ser colocarlas en el mismo orden y tesitura en las que las coloca la vida, sino trastocarlas para trastocar la vida o, cuando menos, para incitar a trastocarla.

Esta cara de la luna, pues, no nos enseña sino "esta cara de la luna", la que todos vemos, la que no es necesario leer ni inventar. Basta con verla, en definitiva, puesto que lo que busca la curiosidad humana es la cara oculta, tan existente (y probablemente más determinante) como la visible.

De su lectura solamente puede quedar, por supuesto, la sensación de una total inutilidad. Nada resta, salvo lo que ya estaba, lo que no era necesario repetir. No hay incitación, estímulo, emoción, risa, humor, juego de ideas, atmósfera, poesía, ritmo, nada. Todo es chato e innecesario. Injustificable. Los personajes no llegan a ser tales ni en el más realista de los términos. Tampoco son arquetipos, quedándose en el esquema barato, sin espesor vital.

Son, así, doscientas setenta y tantas páginas que es heroico terminar. No se las recomendamos a nadie. Sinceramente, sería una lástima hacer que otros pierdan su tiempo leyéndolas.

Clásicos



Nostromo: aventuras y metafísica

por Carmen Galindo

Nostromo,* una de las novelas "terrestres" de Joseph Conrad, narra la revolución separatista de Costaguana. Este nombre ha sido dado a una república imaginaria; sin embargo, el lector concluye con docilidad que se trata de un país latinoamericano. Narra también la historia de la mina de Santo Tomé y la de Carlos Gould, su propietario. Igualmente refiere la vida de Nostromo, el capataz del puerto.

En el excelente prólogo, el mexicano Sergio Pitó escribe la siguiente advertencia: "Costaguana es, nos guste o no, nuestro mundo. El de ayer, el de hoy." Con rigor, el ensayista desarma el mecanismo de Conrad y descubre la farsa política de Costaguana, la verdadera trama de la novela: el papel jugado por el imperialismo, la rapiña y la corrupción. La perfección del estudio dispensa, precisamente, de una nueva exploración en este sentido; propongamos, pues, otro punto de vista.

Fiel a su peculiar e inverosímil género literario, Conrad reúne en *Nostromo* una novela de aventuras y una novela metafísica. Como en todas sus obras, el ambiente es exótico; como en todas, los personajes viven una atroz prueba que los obliga a tocar el fondo de sí mismos y naturalmente, el de la condición humana.

Semejantes a las novelas de aventura, las de Conrad ocurren en lo "real maravilloso" En las selvas, en los bosques, en las riberas de los ríos y en las trastiendas de los puertos; en las ciudades costeras y en las incomunicadas del interior. De preferencia suceden en los barcos y en las islas. Alguna vez, Conrad reconoció su deseo de ser un novelista popular y le asignó un valor decorativo y caleidoscópico a su escenografía; basta leer unas páginas para desmentir tan apresurada acusación. Para Conrad, tierra y mar son lugares de destierro, de huida, de soledad.

La dictadura de ciertas literaturas nos obliga a imaginar como exótico lo que nos es más cercano; tal es el caso de Costaguana. Inseparable de la novela de aventuras, el color local intensifica la intriga: no la origina. Preso en sus obsesiones, Conrad atribuye un terrible secreto a sus personajes y ese secreto —fundamento de la intriga— se apoya en el mundo maravilloso de Costaguana.

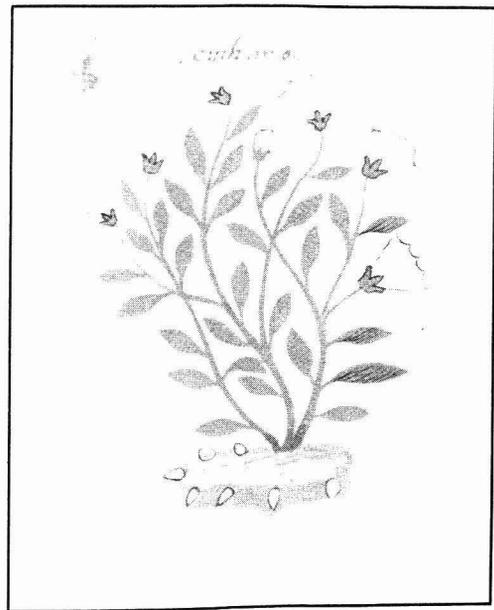
El peculiar tratamiento del tiempo también contribuye a la intriga. Como el resto de las novelas conradianas, *Nostromo* rechaza el orden cronológico. Incesantemente, la

acción avanza y retrocede. Un ejemplo: el capítulo X de la segunda parte relata la vida en Costaguana posterior a la muerte de los protagonistas, el onceavo lo continúa. No así el XII y el XIII que son retrospectivos y recuerdan el secreto de Nostromo y sus pavorosas consecuencias. Ese tiempo narrativo contribuye a la intriga y lo que es más importante, la salva del minucioso estudio psicológico al eliminar la relación de causa y efecto.

Tal parece que una aversión profunda impedía a Conrad aceptar las ventajas del narrador omnisciente. Algunos atribuyen esa aversión a sus años marineros y por lo tanto a la costumbre de las historias contadas a bordo, sucedidas a terceras personas. Los que así piensan transplantan el mito del buen salvaje al escritor no contaminado por la literatura. Olvidan, inexplicablemente, la cuidadosa educación recibida por Conrad. En *Nostromo*, sin embargo, el relato se abandona (frecuentemente) al narrador omnisciente. Una malentendida ortodoxia nos obliga a echar de menos los acostumbrados malabarismos conradianos; pero la transgresión de las reglas no impide el mismo y magnífico resultado. Intuía Conrad que no era la ausencia del narrador omnisciente, sino el modo de tratar el tiempo lo que lo caracterizaba y ese modo, como dijimos, se conserva en *Nostromo*.

Lo que sería inadmisibles en una tradicional novela de aventuras es una constante en las de Conrad. De antemano, el lector conoce el mecanismo de la acción. Concebidos como héroes, los personajes no se enfrentan a una vida, sino a un destino y como tal único e insoslayable. De ahí la grandeza trágica de la acción; de ahí, también, que la novela de aventuras desemboque en una reflexión sobre la naturaleza del hombre.

En *Nostromo*, la plata es la encarnación del mal. La trampa y la prueba del destino, la encrucijada definitiva. Por ella, se rompe el lazo de unión entre los hombres. Por la plata, Gould es indiferente al amor; por ella, Nostromo (el hombre de acción) y Decoud (el hombre de pensamiento) mueren en la soledad. Los tres han sido infieles a la solidaridad, máximo valor de la jerarquía de Conrad. Nostromo, personaje cen-



tral, cumplirá el más trágico destino porque sobrevivirá a su traición y tomará esa forma fantasmal —típica de los héroes conradianos— que es peor que la muerte. Nostromo y Monigham en esta novela, como Jim, Razumov y Barral en otras, representan una humanidad doliente; extranjeros, desgarrados de los demás y desterrados de sí mismos.

El recuerdo del nacimiento en Polonia, los duros años en Rusia; los virajes finalmente inexplicables, hacia una adolescencia transcurrida en el mar (primero) y hacia una tardía vocación literaria (después), son hechos que pertenecen a la biografía del autor. A la estilística, su coqueteo con la lengua francesa y la adopción posterior del inglés, su singular uso del idioma. Todos son hechos insuficientes para explicar el milagro de Conrad. Su descubrimiento de la grandeza y soledad del hombre moderno, colocado en los más insólitos escenarios. Con *Nostromo* y sus otras narraciones, Conrad crea un dragón literario, un ser anómalo y fabuloso: la unión inverosímil de la novela de aventuras y la novela metafísica.

* Joseph Conrad: *Nostromo*, México, UNAM. 1970. (Nuestros Clásicos). 1970 (2 vols.). 319 + 265 pp.

Sociología



Intelectuales y política

por Sergio Gómez Montero

La función que desempeñan los intelectuales dentro del contexto histórico de las sociedades y la relación que se establece entre éstos y la vida política de un pueblo, de una sociedad determinada, es un problema que se presenta desde que el hombre se manifiesta como idea, como pensamiento. Por ejemplo, las autopías socráticas o el concepto aristotélico de *zoón politicón*, no son entelequias sin el menor fundamento real. El suicidio de Sócrates, o Aristóteles preocupado por fundamentar un aparato teórico que sirviera de base a determinados miembros de la sociedad, son dos realidades muy concretas que contradicen un carácter puramente ideal de sus razonamientos y que más bien demuestran (un ejemplo entre muchos, anteriores y posteriores en el tiempo) la objetividad histórica del problema: el intelectual, a veces por el puro hecho de serlo, se encuentra directamente comprometido con el cotidiano transcurrir de la vida política de su pueblo.

Gabriel Careaga, joven sociólogo mexicano, en su estudio *Los intelectuales y la política en México** no condiciona la temática que se enuncia en el título de su libro a referencias históricas tan lejanas como las antes citadas (aunque sí las admite); prefiere otro tiempo histórico para situarse en el

problema: "...es hasta el siglo pasado cuando el término [*intelectual*] empieza a utilizarse para designar a cualquier persona dedicada a los trabajos no manuales, entre los que caen muchos profesionales, o dedicados a la enseñanza o simplemente a meditar". Además, el autor toma como base de su análisis, aparte de la situación histórica concreta en que prefiere iniciar el desarrollo temático, la estructura que él mismo se proporciona al establecer y citar las diferencias que existen entre el liberalismo y el marxismo como sistemas sociológicos. Por último, esboza una premisa más antes de abordar de lleno la problemática planteada: "su" intelectual, del siglo XX, es aquel que viene a poner en duda las ideologías enajenantes, las visiones conformistas de todos los demás miembros de la sociedad, es el eterno aguafiestas porque no puede dejar de ser lo que ha sido siempre dentro del marxismo: el crítico más radical de la sociedad en la que le ha tocado vivir.

A partir de lo anterior, Careaga, pues, comienza a desglosar su tema esbozando brevemente los orígenes del intelectual moderno, de alguna manera contemporáneo. Esto lo lleva a tocar aspectos disímiles —citas de Mannheim, Lipset, Merton, Mills y otros— para terminar afirmando, en este primer capítulo de su ensayo, que hoy son precisamente los intelectuales quienes perturban la paz de las sociedades aparentemente apacibles.

El siguiente capítulo del libro lo dedica Careaga a tratar lo relacionado con los intelectuales revolucionarios, y en este caso predominan las referencias a autores marxistas (algunos de ellos revisionistas de esta teoría) quienes desempeñan el papel de ayaes de las afirmaciones que hace el sociólogo mexicano. En esta parte del escrito resalta de manera preponderante el afán del autor por dotar a los personajes motivo de su estudio, los intelectuales, de un carácter mesiánico que lejos está de reflejarse, tal como se describe en el libro, en la realidad. Careaga llega a afirmar, por ejemplo, que la organización y liberación de los obreros y campesinos es una tarea específica que de-

ben llevar a cabo los intelectuales; confundido de esta manera el enunciado marxista —en el cual supuestamente basa sus afirmaciones— de que si bien toca al intelectual marxista desarrollar y a veces crear la conciencia del proletariado, esta tarea sólo la pueden desempeñar aquellos intelectuales que se han asimilado, antes que nada, a la clase a la cual tratan de conformarle una conciencia. Es decir, y esto lo pasa por alto Careaga, sólo el intelectual revolucionario, aquél que se ha asimilado a la clase obrera, está capacitado para contribuir a la formación de la conciencia del proletariado, propiciando así la liberación de éste. Esta misma concepción errada se conserva hasta el final del capítulo, donde manifiesta que, por el puro y simple hecho de serlo, el intelectual debe desempeñar cotidianamente, siempre, la tarea de revisar al marxismo.

Existen, en relación a las interpretaciones del desarrollo histórico del país, una serie de hipótesis las más de las cuales se destacan por su acientificismo. Ha sido ese un campo del conocimiento que por lo común se ha encontrado en manos de personas que antes que la razón han puesto a funcionar la pasión. El resultado obtenido, por lo tanto, es lamentable: nuestra historia, la interpretación oficial de ella, conlleva por lo común la deformación, el equívoco, una valoración maniqueísta de los hechos.

Un ejemplo de lo anterior es, sin duda, la concepción equívoca que se tiene de las etapas históricas por las cuales ha pasado el país. Así, la Independencia, la Reforma y la Revolución, son erróneamente homogeneizadas y calificadas sus resultados sociales con un solo concepto: revolución, sin matizar ni definir el término. Careaga, lamentablemente, comete tan garrafal error y esto condicionará fatalmente —junto con el carácter mesiánico que otorga en forma por demás gratuita al intelectual— la concepción teórica que se desprende del desarrollo del tema. Los intelectuales, así, se ven comprometidos en procesos históricos que si bien a veces violentos, poco tienen que ver, algunos, con el cambio social, con la

